

## LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

I DE SETIEMBRE DE 1878.—NÚM. 9.

## Ecos de la semana.

Roturas y estallidos.—Materia y espíritu.—Los viajes y el Código penal.—Condenas en toda la línea.—Trenes de recreo.—Placer y dolor.—Buena fachada. Galantería extranjera.—Vivir sin comer. Premios alimenticios.—Tontos y listos. Pobres niños!!!—Riña matrimonial.—¡Vaya un siglo!

No hace muchos días estalló una locomotora en Robledo.

Posteriormente han sufrido retraso los trenes en la misma línea, á consecuencia de rotura de máquinas.

La empresa del ferrocarril debe ser espiritualista, y por eso no se preocupa gran cosa del material.

Y no tiene en cuenta que muchas veces la falta de buenos materiales puede ser causa de que millares de personas se rompen el alma.

En cambio, los empleados de la línea suelen ser demasiado materialistas; tratan á los viajeros como si fueran egipcios.

No conceden á las personas otra categoría que la de bultos.

Si los maquinistas, ó sean los empleados negros, tratan á las locomotoras como los empleados azules á los viajeros, no me extraña que revienten.

Si esto sigue así, recorrer una línea de ferrocarril va á ser en España una penalidad digna de figurar en el Código.

Y el grado máximo del rigor legal sería, en ese caso, condenar á cualquier desgraciado á ir desde Madrid á Iruñ en tren mixto.

En vez de condenas por años, las habría por estaciones.

¡Y pobre del que mereciera por sus crímenes sufrir una condena en toda la línea!

Los trenes de recreo son la diversión de las empresas.

Meter en unos cuantos cajones con ruedas á millares de personas y echarlos á rodar por esas vías de Dios, haciendo competencia á las caballerías menores que van por las carreteras, es muy divertido.

No se reirán poco las empresas cuando un tren de mercancías de los que tardan quince días en llegar al Escorial pase con una velocidad inverosímil por delante de los recreados viajeros, dejándolos atrás con una cortesía propia de los enjaulados seres y enormes talegos que conduce.

Muchas veces, entre la apiñada multitud que se estruja y se recrea en esas abigarradas expediciones, se ve á la pobre enferma cuyo capital no permite ir en busca de la salud de una manera viable.

Esas infelices, que además de la enfermedad que padecen tienen que soportar las enfermedades de la ida, la vuelta, las patronas de las casas de huéspedes, y las molestias que son propias del poco dinero, ¡con qué amarga sonrisa pedirán en la ventanilla un billete para el tren de placer! ¡Mehorriza pensar en tanto dolor!

En la Exposición de París hemos ganado la medalla de oro en fachada.

No deja de halagar nuestro amor propio eso de tener mejor fachada que todas las naciones del mundo.

El tal premio me hace el efecto de una flor echada por el jurado á nuestra hermosa patria.

Pasó por delante de ella, y no pudo menos de piroppearla.

Si la tratara, ya sería otra cosa: la querria más y la compadeceria menos.

Aquí todo se vuelve fachada, dirán los que no conozcan á nuestras clases pasivas.

Hubiera sido un rasgo de verdadera modestia nacional haber presentado á un maestro de escuela como aspirante al premio de fachada.

Si no se lo hubieran adjudicado por aquello de presentar la menor fachada posible, lo hubiera obtenido seguramente por interior.

El problema de vivir sin comer bien merece un premio.

Pero en vez de una medalla de oro debía haberse repartido á los premiados un *beefsteak* con patatas.

Todos los individuos de la partida de Naval moral han sido presos.

Todos... menos el jefe.

Los jefes siempre se escapan.

Son más listos, corren más y se pierden de vista.

Los que caen siempre en las redes de la ley son los que se contentan con

un porvenir de 1.000 realitos y un destínulo.

Apesar de la última ley de protección á los niños, siguen funcionando en el Circo pobres criaturas que sirven de cruel especulación á sus padres y ascendientes.

Resulta que ahora se puede, con arreglo á la ley, torturar á la infancia y poner su vida en peligro.

Lo cual prueba que los legisladores saben también descoyuntar las ideas, de tal modo que lleguen á tener la elasticidad de la goma.

Lo mismo que el clown que hace ahora las delicias del público en el circo de Price.

*El Siglo* ha citado ante el juzgado de la Inclusa á *La Epoca*.

*El Siglo* se cree injuriado por *La Epoca*.

¡Qué espectáculo para la ilustración moderna! ¡Reñir los papás de la cultura universal!

*La Epoca* ha sido llevada á la Inclusa por *El Siglo*.

La ha tratado como á una criatura recién nacida.

Sólo falta que, siguiendo la natural gradación de los establecimientos de Beneficencia, vaya la época desde la Inclusa al Hospicio.

¡Qué vergüenza para el siglo!

JOSÉ SOTILLO.

## El traje femenino.

Desde aquel sencillo traje con que Eva trató de disminuir su vergüenza cuando traspasó las órdenes divinas, hasta el complicado atavío de nuestras damas, media un abismo más grande que el de los siglos que separan á la una de las otras. Si el primer efecto del pecado en nuestra madre fué hacerle reparar en su desnudez, y para cubrirla se apresuró á utilizar el primer vegetal que encontró á mano, preciso será convenir en que las mujeres de hoy sienten grandes remordimientos cuando emplean tantos metros de tela para confeccionar sus vestidos. Bien es verdad que no siempre llegan á ocultar sus delicadas formas á las indiscretas miradas de los curiosos; pero esto lo hacen precisamente cuando van á los sitios donde más expuestas se hallan á las sugestiones del demonio, como si, recordando la escena del Paraíso, quisieran tener á mano el medio de acallar al gusanillo roedor, cubriendo sus carnes en el momento que sientan vacilar su firmeza.

No crean mis lectoras que voy á juzgar la magnitud de sus faltas por la de las telas que emplean para vestirse. La pequeña superficie de una hoja bastó para tapar el mayor de los pecados que entonces pudo cometerse en el mundo por la única mujer que lo habitaba, y sería injusto atribuir á las de hoy la cantidad representada por la inmensa porción de vegetales necesarios para llegar á confeccionar uno de esos intrincados laberintos que con sus pliegues y repliegues, picos y ondulaciones, tanto provecho y honra dan á las más afamadas sacerdotisas de la moda.

Tampoco entra en mi ánimo aconsejarles que tomen por figurin ninguna de esas láminas en que suelen representarnos la Creación ó la serpiente ofreciendo á Eva el fruto prohibido; los tiempos y la vida social han hecho variar las necesidades, y sería poco cuerdo pedir á la mujer que renunciase á aumentar sus naturales atractivos, cuando la misma naturaleza se engalana y muestra más espléndida en determinadas ocasiones, como si quisiera cautivar á los mortales que la contemplan.

Pero la moda, esa tiranuela insubrible, ha introducido en el traje femenino ciertos elementos marcadamente perjudiciales á la salud, y sobre ellos quiero llamarles la atención.

Cuando con el siglo XVIII quedaron enterradas aquellas enormes pelucas que hicieron el encanto de los cortesanos de Luis XIV y sus sucesores, nadie podía pensar que al poco tiempo habían de volver á estar en moda, bajo otra forma todavía más perjudicial que aquella; porque la peluca se usaba solamente en los actos sociales, no en los de la vida privada; estaba construida con sustancias vegetales, ligeras y dispuestas de modo que venia á hacer el efecto de un sombrero, mientras que el sistema de postizos que hoy se usa, aplicado constantemente sobre la piel de la cabeza á manera de cataplasma, impide

la traspiración y ventilación necesarias, fatiga con su enorme peso, y es causa permanente de enfermedades del pelo, que aumentan su caída, llegando á ser necesidad indispensable lo que comienza por capricho de la moda.

Gran número de esas jaquecas que tanto suelen molestar á las señoras, no son debidas á otra cosa que al uso immoderado de los caparzones que el deseo de agradar les hace colocar en sus cabezas, especies de capacetes ó chapiteles de iglesia, formados con pelo, lana, grasas y almáciga, y que son tan impenetrables á los elementos de la salud como los metálicos usados por las antiguas amazonas, lo eran á las espadas de sus contrarios.

Un sencillo peinado hace á la mujer más agradable; si el frío le obliga á proteger su cabeza de la intemperie, tiene para ello los sombreros, mantillas y demás prendas destinadas á estos usos; y si la solemnidad de las circunstancias le exige mayores adornos de los que puede proporcionarse con su natural cabellera, encuentra abundante arsenal en las cintas, plumas y flores, que no pesan y son susceptibles de mil combinaciones, en las que puede demostrar su gusto y su talento.

El mueble más perjudicial de cuantos ha inventado la coquetería femenil, es el corsé. Preciso es convenir en que algo se ha conseguido con desterrar aquellas tremendas corazas, con sus enormes paletas de madera y su desmesurada longitud, más parecidas á instrumentos de tortura que á prendas de vestir; pero por lo mismo que la industria ha adelantado hasta el punto de construirlos de manera que se adapten perfectamente al cuerpo y le sujeten sin pensarlo, amoldándose á todos los movimientos, es más censurable la conducta de aquellas que, por disminuir su cintura unos cuantos centímetros, sufren tormentos continuos y se acarrearán enfermedades terribles, que suelen llevarlas al sepulcro.

El objeto del corsé es proporcionar un punto de apoyo á los vestidos allí donde la naturaleza, para dar libertad y amplitud á los movimientos, ha suprimido la armadura huesosa que sostiene y protege las cavidades donde se alojan los órganos más esenciales á la vida del individuo. Se debe, pues, favorecer esta disposición del cuerpo humano auxiliándole contra todas las violencias exteriores, y no aumentarlas, tratando de emendar la plana á quien todo lo ha dispuesto de la manera más conveniente.

Si el corsé es muy rígido y está muy apretado, dificulta los movimientos del pecho oponiéndose á su dilatación; la respiración es insuficiente, y hace la vida defectuosa; los pulmones se acostumbran á no llenarse de aire, y pierden parte de su permeabilidad y elasticidad; el corazón ve que no es admitida toda la sangre que envía para que se regenere al contacto del aire, perturba su marcha y acaba por enfermar. Las entrañas contornadas en el vientre, continuamente rechazadas por la presión, no tienen espacio donde funcionar holgadamente, y concluyen por alterarse. De aquí las malas digestiones, los cólicos y otra porción de enfermedades cuyas causas no aparecen claramente á primera vista.

No faltará lectora que atribuya todas estas reflexiones á delirios de una imaginación preocupada y decidida á contrariar las inclinaciones de una buena parte del bello sexo; pero aún sin tenerlas en cuenta, basta echar una mirada por esos paseos para ver hasta qué punto conduce la exageración en las modas y la intemperancia en las aficiones. Hay jamona de voluminoso empaque, que por aprisionar su cintura más de lo que debiera, convierte su cuerpo en sobredo de Pombo vuelto del revés; pollita escuálida que, creyendo alcanzar la esbeltez de la palmera, se cifra tanto que llega á convertirse en avispa; y no es raro ver grupos de muchachas que con el cuerpo apretado, las mangas exageradamente estrechas y los vestidos de ese color oscuro indefinible que ahora se lleva, recuerdan, viéndolas de espalda, á los pájaros fritos que pueblan los escaparates de las tiendas de vinos.

¡Hay nada tan seductor como un pie lino y breve, calzado con el tradicional zapato bajo, de tacon moderado que permite andar con soltura y lucir el garbo! Pues, sin embargo, la moda lo ha desechado para

sustituirlo por ese otro de importación francesa, que nos muestra el pie aprisionado entre rejás, y que le hace sufrir todos los tormentos reservados por los antiguos para sus prisioneros de guerra.

Los enormes tacones hacen sumamente difícil la marcha, y dan á la mujer el aspecto de las aves acuáticas cuando andan por tierra; aunque otra cosa quieran, siempre van de puntillas, como si trataran de escuchar sin ser vistas, y cargando todo el peso del cuerpo sobre la punta estrecha y dura, se deforman los dedos y producen juanetes, ojos de gallo, uñeros y otras enfermedades tan molestas como ellas. Después de tanto censurar á los chinos por el procedimiento que emplean para achicar los pies de sus mujeres, han venido los europeos á imitarles, y, de no cambiar la moda, dentro de pocos años costará trabajo distinguir el pie de una elegante, del de una mandarina.

Ya he dicho á mis amables lectoras que no es mi idea aconsejarles que renuncien á los caprichos atractivos de la moda, nada de eso; pero por Dios, que desechen aquellas que están en contradicción con las leyes naturales del desarrollo físico y moral, no vayamos á hacer necesaria otra ley de protección á la mujer, como la de los niños, ahora que el ministerio de Fomento las autoriza para ser *bachilleras* con título.

BRUNO AMELAY.

## Ridicules.

No hay más que un camino para no ser ridículo: ser partidario de lo que acepte y piense la mayoría absoluta de los que piensan alguna vez.

El que no teme á las balas ni á los bayonetazos, el que día tras día se juega la existencia en un campo de batalla sin saber por qué pelea ni qué resultados dará su muerte, tiembla, sin embargo, ante la idea de ser ridículo.

Parecerlo es ya, en opinión de muchos, algo más terrible que ser un malvado perseguido por la justicia.

Conciencias hay de tal anchura, que sin necesidad de ser elásticas, dan cómodo alojamiento al préstamo usurario, al agio administrativo, al cohecho de la influencia y al deseo exagerado del dinero de los demas; conciencias á prueba de remordimiento, acorazadas para resistir á la idea del bien. El hombre que posee una de esta clase, avanza impávido hasta lograr su fin, como no tropiece con el ridículo. Si tropieza, es hombre al agua.

¿Por qué casi todo el mundo se ha hecho filarmónico clásico? ¿Por qué no hay pollo ni gallo que deje de experimentar sensaciones campestres deducidas de las notas tomadas al oído, que suministran en todos los tonos unos cuantos violines?

No es puramente convencional el sentimiento que en casi todos los elegantes producen ciertos compases que para los verdaderos músicos no tienen mérito ninguno? Pero la moda lo decreta, y es preciso dar vueltas á un biombo desde donde lanzan sus acordes una orquesta que no es oída, pero que logra siempre aplausos, y que se ve obligada á repetir piezas en cuya primera audición nadie se ha interesado.

Decid que aquella música no os satisficé, y caeréis en el ridículo.

Es éste generalmente el sancionador de todo lo extranjero. El español que alaba los productos de su país es un indigena rutinario y cursi; el que creyendo tan saladas las aguas de Castro-Urdiales, como las de Biarritz, acude á ellas para hacerles entrega de sus dolencias, es un sujeto montado á la antigua, refractario á toda idea de progreso.

Sin duda alguna, se llama progresar á lo que antes se comprendía en el verbo de donde se ha originado la apostasía.

El que no quiera ser ridículo, ha de tener como hombres eminentes á las medianías, que los demas recatan é incensan con laudatorios epítetos.

El último saltimbanqui italiano hace el *Sullivan* mejor que Romea; Carlos Latorre era un niño de teta ante cualquier cómico de la *miglia* que haya comido macarrones, los cuales dan una sonoridad terrible para pronunciar los versos de cualquier tragedia.

Es de saber que apenas llega á la corte una compañía de italianos, la *crème* (como

es moda decir) de nuestra sociedad llena todas las localidades del teatro.

En medio de lo más lacrimatorio de una escena, ataca una risa inconsciente á cualquier espectador; los que están á su lado se ríen, creyendo que el actor ha dicho una gracia, y todos los concurrentes siguen su ejemplo; resultando que el infortunio del protagonista, á quien el autor ha querido hacer simpático á los oyentes de su obra, despierta la hilaridad de éstos.

Son delitos penados con el ridículo llegar al teatro antes de levantarse el telón, mirar á la escena mientras la representación dura, no tararear lo que la orquesta toca ó el tenor canta, y dejar de hacer los ademanes, que no olvida el elegante, para demostrar que está fastidiado en todas partes, sin duda alguna porque no aprecia la suficiente equivocación en que incurrió la Naturaleza al no hacerle un *malacopteri-gio apodo*.

Con el arma del ridículo se destruye la institución mejor cimentada. Los periódicos satíricos han crecido en número desde que la mejor aréngua para conmovir á la sociedad es una carcajada.

Aquel de quien muchos se ríen es un enterrado en vida. Un tirano ridículo no podría reinar cinco minutos seguidos.

El hombre que quiere pasar por sabio no se ríe nunca. Desde el momento en que se dibujan en su rostro las arrugas de la hilaridad, pierde todo su prestigio.

El secreto está en exponer ante los ojos del vulgo las fotografías de los demas en actitudes grotescas, mientras el fotógrafo se ríe debajo de la tela negra que le cubre. Por eso los hombres serios se ponen antifaz para dar una broma. Los necios que imitan este ejemplo hacen coro con las carcajadas de los que les escuchan. De esta manera se les descubre fácilmente.

Medio mundo se ríe del otro medio; el que no se ríe de nadie es víctima de las carcajadas de los dos bandos. La neutralidad no cabe ante el ridículo. «O serlo, ó hacer que los demas lo sean»; porque como dice una frase muy conocida, «el más feliz será el que se ría el último». ¿Quién pretenderá ser el que haga sonar en el Universo la postre carcajada de las que han de lanzar todavía los que segun una oración cristiana *gimen y lloran en este valle de lágrimas*?

El ridículo ha hecho leyes que se observan contra las leyes escritas. El desafío está castigado en nuestro Código; nadie teme sus penas ante aquella con que el ridículo le amenaza. Por eso dijo Guizot á la faz de los jurisconsultos: «En vano hareis una legislación contra el duelo; los hombres valientes se burlarán de ella».

Dentro del hogar doméstico ocurren escenas que trascienden al público. La mujer adúltera quizá sea tolerada; el marido que no se mancha con sangre criminal despierta por donde pasa la risa de las gentes. El ridículo castiga en él la falta que otros han cometido. Hé aquí la justicia de la todavía en estos y otros casos?

¿Sabeis lo que hay más terriblecarcajada?

¡La carcajada de la justicia!

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

## El café cantante.

Hay en las más apartadas calles de Madrid algunos establecimientos que, teniendo mucho de café y mucho de tabernas, no son, en verdad, ni lo uno ni lo otro, sino más bien mezcla confusa de ambas cosas; y es que los concurrentes asiduos, obreros en su mayor parte, si bien no escasean los vagos y rufianes, encuentran todas las noches un centro de reunión, música, baile, fiesta teatral y una taza de café por el corto interés de real y medio, salva la propina con que se quiera seducir la actividad y el cariño del mozo.

Con apuntar las variadas diversiones de que en esos cafés se disfruta, y con dejar dicho el mequino precio que se exige al público á cambio de tantos espectáculos, excusado es añadir que éstos han de ser muy malos. ¡No habian de contratarse artistas de primer orden, ni cantantes de reconocida fama, ni actores célebres, ni bailarinas de las que dan tres y falta á la misma Terpsicore! Por eso, los parroquianos, que comprenden la excesiva amabilidad del dueño del establecimiento, no se incomodan si el piano desahina, ni si los cantantes dan gallos, ni si los cómicos declaman en tono trágico comedias de costumbres, ni si las bailarinas se desdibujan. En cambio, se quejan del café. ¡Es tan malo! Dan tan corta cantidad de azúcar, que los gaznates más democráticos se sublevan contra el negro líquido, nunca con más propie-

dad llamado veneno, y sienten un intensísimo disgusto cuando, vencidos por la sed, se ven traspasar sus fronteras al falsificado Moka.

Verdad es que los parroquianos deben consolarse, sabiendo que lo único bueno que allí hay es el café. Si se pide una copa de aguardiente traen petróleo; si ron, un líquido rojo que no sería capaz de analizar el mismo Lavoisier, de no ponerse en convivencia con un mozo de café, y que no arde; si helados, un capichurete de nieve, que así sabe á mantecado ó á fresa como á perejil: en fin, que malo y todo, hay que contentarse con el café, ó renunciar á lo demás que en el establecimiento se expende. Pero ¿quién se fija en el servicio? Nadie, y de ello pueden dar buena cuenta los mozos, que sirven agua en vez de leche, sin que nadie lo note, ó al menos sin que nadie se dé por aludido. Allí todo se sacrifica al arte. El dueño del café es un artista que por nada del mundo abandonaría el mostrador, desde donde su mirada se pasea triunfante cuando ve lleno el local, y conmovida cuando se fija en el pequeño teatro, imán á cuyo poder magnético no resiste ningún bolsillo que tenga doce cuartos.

El dueño, hace ya mucho tiempo, viendo que nadie concurría á su café, y temiendo la ruina, pensaba introducir una reforma completa en la vida y costumbres del que hasta entonces había sido solamente café, y ya soñaba con un café cantante. Cedió á las instancias de algunos cómicos sin ajuste, que todos los días le asediaban para que favoreciese el arte. Comprendió que en esta época, en que tanto puede la competencia, sus intereses exigían un sacrificio, y el sacrificio fué hecho. A los pocos días levantaban en uno de los ángulos del café un raquítico escenario; se aumentaron las mesas, se adornó el local, y éste se convirtió en una *café cantant*, donde el canto, el drama, el baile y la música tenían, si no una cumplida representación, por lo menos representación sólida, muy suficiente para entretener y para desarrollar los sentimientos artísticos de las criadas de servir, de la aguadora y de los jornaleros de todos los oficios *habitués high life*; de tan aristocrático recinto.

Porque no vaya á creerse que allí no se hace todo por el arte y para el arte. El teatro, bien es verdad que es muy pequeño; cierto que en el escenario apenas si caben de pie más de tres personas; cierto también que el vestuario y las decoraciones son muy malas, pero en cambio los músicos son peores, y todo queda remediado. Estos cómicos de café cantante no se sabe si aprendieron en la escuela de la miseria ó si nacieron ya cómicos. No lo decimos porque interpreten bien sus papeles, sino porque profesan como dogma, y de continuo le pregonan, que ni Melpomene, ni Talma, ni Miquel, podrían compararse con ellos. Tienen la desgracia de no haber caído de pie (son sus palabras); pero tienen fe en el porvenir y en su talento, y nada los arredra (esto último es verdad).

¿Quién dijo miedo! Ellos lo mismo representan un drama frances del género fuerte, que un sainete de D. Ramón de la Cruz, una tragedia de Tamayo, que una comedia de Ayala. Para esos actores no hay en el arte dificultades que no puedan superarse; así es que no se andan con chiquitias. Una noche representaban el drama en diez actos *Peñón negro ó los bandidos de la Lorena*. Un amigo mio que asistió á tan soberbio espectáculo, me contaba después que los mozos del café se desmayaron, y que al dueño, de miedo, se le cayó el gorro que cubría su cabeza, desierti así de ideas como de pelos. Otras veces anuncian los dramas de Echegaray: otros *El tejado de vidrio ó El tanto por ciento*. El repertorio de estos cómicos es todo el teatro del mundo. Que diga el dueño del café ó cualquiera de los parroquianos: «Conviendría poner tal drama en escena», y al otro día se representa, aunque el apuntador se muera y el telón se rompa á vergonzado.

¿Qué trajes, qué maneras y qué modo de declamar! Aquello es el absurdo, de los absurdos, lo malo llevado al infinito. En las escenas finales de los dramas, que generalmente suelen terminar con alguna muerte, el actor no encuentra espacio para caer, y suele por lo común tropezar en alguno de los bastidores, sublevando la risa del público en una escena hecha por el autor para arrancar lágrimas.

Las decoraciones son siempre las mismas: un jardín amarillito de puro viejo, y una sala cuyas paredes podrán no hablar, pero se mueven como si bailaran. En los salones, lujosamente amueblados, según prescribe la obra que se representa, suele no haber ni una sola silla. Los reyes se visten peor que los mozos de café, y las reinas llevan ricos trajes que denuncian la peregrina sin lustre á treinta leguas. Pero el público se divierte. Acostumbrado á no ver nada más que esos espectáculos grasientos, llega á creer que es bueno lo que presencia, y aplaude muchas veces. El que habla más fuerte es el mejor actor.

Por eso allí no se declama, se grita. Y eso merecían los actores, que los gritasen.

Mucho significan en los cafés las funciones teatrales, pero no tienen menos importancia el canto y el baile.

En muchos cafés hay *cantarinas*; una mujer joven casi siempre, que por el día fué costurera, y por la noche, con un vestido de peral almidonado con exceso, el pelo convertido en laberinto de rizos y sortijillas, y un tiesto de rosas en el pelo, tal es la abundancia que lleva, hace competencia á la Nilsson y á la Luca cantando habaneras, malagueñas, jota aragonesa, zarzuelas, y todo lo que á los parroquianos que le hacen la corte se les ocurre pedir. Este espectáculo en otras épocas tuvo

mucha importancia, pero hoy está eclipsado. En cambio, el que parecía que pasó para no volver, y hoy, sin embargo, goza de grande importancia, es el género que se llama *flamenco*, baile y canto andaluz.

Esto sí que arrebató al público. Alguien habrá que no entienda la belleza de las situaciones dramáticas concebidas por Lope de Vega ó las concepciones de Calderón, y esto es natural, si los intérpretes son cómicos de café. Pero ¿quién en este país no se entusiasma con los acordes de una guitarra, á la que los expertos dedos de un consumado tocador arranca las inspiradas y sentidas notas de unas malagueñas? ¿Quién no se sentirá atraído por el baile andaluz, néreo, espiritual y material á la vez, donde cada movimiento es una promesa de felicidad, un abismo de belleza que se descubre para quedar cerrado inmediatamente, burlando el deseo, dejando en nuestra imaginación el ardiente recuerdo de este instante de dicha? ¿Quién no ve en el canto andaluz una serie sublime de inspirados acentos que brotan del fondo del alma para expresar todas las penas y todos los deseos? Nadie.

Por eso las mesas de los cafés cantantes donde hay canto andaluz se ven ocupadas completamente desde las primeras horas de la noche por un público que no las abandona hasta que el espectáculo termina; por eso á las puertas de los cafés cantantes se ve siempre gran concurrencia, que tumultuosamente se agolpa, atraída por el peculiar sonido de las castañuelas; por eso hoy, como ayer y como siempre, ese género será la vida de los cafés cantantes.

Bien se comprende que tal espectáculo casi está reñido con el orden. Así no es extraño que de cuando en cuando algún parroquiano que está solo en el café, salga acompañado de una borrachera, ó promueva antes de salir de aquel templo del arte un escándalo de deplorables consecuencias.

Pero el espíritu de la época cambia al progreso, y esos escándalos desaparecerán, si desaparecen... cuando se ponga una pareja de agentes de orden público en cada mesa.

MIGUEL MOYA.

Los alabarderos.

No voy á ocuparme, apesar del epigrafe que encabeza este artículo, del benemérito cuerpo militar á quien está encomendada la guardia interior del palacio ó residencia de los reyes de España; no voy á ocuparme de los guardias alabarderos, llamados así porque usan alabardas, como arma de honor para los actos de su especial servicio; voy á ocuparme solamente de otro cuerpo de alabarderos, no tan benemérito, pero sí más numeroso, que el citado anteriormente, cual es el ejército, fulange ó como quiera llamarse, de los aplaudidores de teatro, *alabarderos*, llamados así, no porque usen alabardas, como los otros, para el ejercicio de sus funciones, puesto que las de éstos son tan pacíficas que con sólo las manos tienen bastante para cumplir dignamente su cometido, sino porque teniendo por oficio el *alabar ó aplaudir* lo que les mandan que *aplaudan ó alaben*, de ahí que el vulgo les haya bautizado con el gráfico nombre de *alabarderos*, nombre que los afrancesados cambian por el de *claque*; pero yo soy español neto, y me gusta llamar las cosas como se llaman en mi tierra, mal que les pese á todos los *gomosos* habidos y por haber, quienes, como los loros de la fábula de Iriarte,

«Del frances y el español hicieron tal pepitoria, que al cabo ya no sabían hablar una lengua ni otra.»

Por cierto que, si el tal fabulista se levantara de la tumba, y quisiera ó no quisiera le hicieran probar, no ya la *pepitoria*, sino el *pisto* que del frances y el español viene haciéndose en estos tiempos, á buen seguro que volvería á morir, no de empuje de purismo, sino de una indigestión de esa *bazofia lingüística* que ahora suele usarse; y no es, por cierto, alimento adecuado para personas melindrosas y delicadas de gusto, como debía serlo el autor de las *Fábulas literarias*.

Pero quedése esto á un lado, que tiempo habrá y ocasión de dedicar un artículo en contra de la ridícula manía, hoy muy generalizada, de convertir la hermosa lengua castellana en abigarrado conjunto de voces exóticas y de modismos trasparenciales.

Volviendo, pues, á mi tema, te diré, lector, que el *alabardero*, ó *aplaudidor de oficio*, se encuentra no solamente en los espectáculos públicos, sino que hay de ellos diversas especies, las cuales están repartidas en todas las clases de nuestra sociedad.

Ellos son los que en política, en literatura, en artes, en todo, en fin, *hacen y deshacen* reputaciones; y digo que *hacen y deshacen*, porque á veces el *alabardero* se convierte en *silbante*, y derriba con el viento de sus silbidos la frágil estatua de papel que eleva á fuerza de puños, ó más bien con las *palmas de sus manos*; pero eso acontece pocas veces, porque los *alabarderos* son por lo regular gente agraciada, y sus clientes, que lo saben, procuran que siempre tengan algo que agradecerles.

Todas las medianías que desean ascender á la categoría de celebridades necesitan valerse de los *alabarderos*; por eso ciertos hombres llevan siempre en pos de sí un numeroso séquito de aplaudidores de oficio, dispuestos siempre á celebrar todos los actos, todos los pensamientos, todas las palabras del *aspirante á hombre célebre*; y creuta que esa aspiración se va extendiendo más cada día; por eso el oficio de *alabardero* está tan en auge.

De ser el político importante que aspira á ser importantísimo político, y busca al efecto quien aplauda y pondere sus talen-

tos, hasta la humilde *cantadora* gitana que necesita *alabarderos* que digan cuando canta: ¡jole!... *gracias por la hija de tu madre!*... y baten palmas y metan mucho ruido, todos necesitan *alabarderos ó galabarderos*, que al cabo todo viene á ser lo mismo.

Y si no, vamos á ver: las mayorías parlamentarias, organizadas y obedientes á una voz y que aplauden sistemáticamente todos los actos de un Gobierno, sea cual fuere, ¿qué son sino *alabarderos* del que manda?

Los periódicos políticos de tal ó cual partido, cuando para conseguir atraer á su campamento al general X ó el prohombre Z, les dedican sendos artículos laudatorios, ó pomposas biografías, ó bellísimas semblanzas, por las cuales no los conociera ni la madre que los parió, pues casos hay en que de un Cuasimodo pintan un Adonis, y aunque el prohombre no tenga nada de hombre de pró, ni el general sea más que un cabo de escuadra con entorchados, los presentan como tipos de la sabiduría y del heroísmo; los que tal hacen, ¿qué son sino *alabarderos*?

Los autores de injustificados artículos encomiásticos, ó de sueltos y *reclamos* para ensalzar y *dar salida* á la novela, al drama ó al folleto del amigo ó del cofrade, así el folleto, ó el drama, ó la novela tengan más faltas que el fronton del juego de pelota de mi lugar y más marras que viña nueva; los que tal hacen, ¿qué son sino *alabarderos*?

Pero, guarda, Pablo; dejemos en paz á los *alabarderos de alto coturno*, no haga el demonio que se les antoje convertirse de *alabarderos en silbantes*, y me dedique una serenata de pitos que me aturden los oídos, y para castigar mi atrevimiento de sacarles á la vergüenza, me hagan perder mi *reputación de escritor modesto*, que no es poca cosa en estos tiempos, y en esta bendita tierra donde á todo el que escribe algo, siquiera sean romances de ciego ó esquelas y memoriales, le llaman *eminente*, ó cuando menos *distinguido escritor*.

Me ocuparé, es lo mejor, y lo menos expuesto en este asunto, en hablarte de los *alabarderos de teatro*, que te parece lector? Y puesto que según dicen, y yo creo, y tú probablemente estarás en esto conforme con mi creencia, el teatro es espejo de las costumbres, vámonos, lector, al teatro; yo te convidó, y allí, juntitos tú y yo en amable compañía, veremos un fiel trasunto de lo que pasa en el mundo en esto de las alabanzas, de los aplausos y de las ovaciones.

¿Qué quieres ver? ¿un drama? ¿una comedia? ¿una ópera?... Ya ves si soy campechano; te llevaré adonde quieras... ¿Qué! ¿No quieres? Bueno; pues una vez que en todos los teatros sucede lo mismo, y ya que eres tan comodón que no quieres venir conmigo, te contaré uno de los muchos estrenos que yo he visto.

Tratabase de un drama, un drama que los periódicos habían celebrado mucho tres ó cuatro meses antes de su representación, en cuya época ya decían por ahí que su autor era el eminente poeta D. Silvestre del Cohombre, que el tal drama era una obra maestra que aumentaría, si posible fuere, la fama de su autor, y que con seguridad había de proporcionar grandes utilidades á la empresa, etc., etc.... Y, es claro, ¿qué había de suceder después de todo esto? Que llegó la noche del estreno, y el teatro se llenó de gente, siendo yo uno de los afortunados mortales que pudieron obtener una localidad por el triple de su valor.

Llegó la hora, y tres cuartos de idem después de la anunciada se levantó pausadamente el telón, y el público, que ya estaba impacientemente, recogió su espíritu en sí mismo, —permítaseme la frase, —y puso sus ojos y sus oídos á la disposición del autor y de los actores, quiero decir que se dispuso á disfrutar del espectáculo; pero apesar de tan buenas disposiciones nadie pudo oír los primeros versos de la obra, porque al salir á escena la primera dama recitándolos, una atronadora salva de aplausos sonó en las galerías para saludar á la eminente actriz, que por cierto era muy guapa y vestía un traje elegantísimo, todo lo cual me explicaba lo de los aplausos.

—¡Que callen los alabarderos!—gritó una voz.

—Yo aplaudo porque me gusta,—repliqué otra.

—¡Pehis!... ¡pehis!... ¡pehis!...—chichearon todos.

Restablecido, por fin, el orden, y otra vez en silencio, pudimos comenzar la audición de la obra por la segunda escena, puesto que la primera perdióse por completo entre las palmas y las voces.

Olvidábase decir que la dama, agraciada por aquella espontánea y mercedísima ovación, hizo unas cuantas cortesías con suma gracia para demostrar al público su agradecimiento, tornando luego á colocarse en la actitud conveniente á la situación.

En la escena tercera entra el galán, una especie de Otello con levita,—la escena es en nuestros días,—recrimina á la dama por no sé qué picardigüelas que aquella fragua con un primito suyo, barbilindo y todo tirillas, uno de esos pollos que, sin duda, por dar la razón á Darwin, se echan el pelo sobre las cejas para suprimir su ya escasa frente y parecerse más á los monjes, sus progenitores, según aquel naturalista.

Pues bien: el caso es que el amante no era hombre que aguantase aca de nadie, y mucho menos del primito de su novia, y como el actor que representaba el papel de novio era uno de los afamados y de las grandes voces y manotaba mucho, claro, que había de suceder? que antes de terminar la escena le interrumpieron con una salva de aplausos.

Nueva interrupción, nuevas voces, nuevo barullo, y nuevos chicheos.

Restablecese la calma,—pero siempre sin

perder la más leve ocasión de dar un aplauso,—hasta que sale el barba, es decir, el padre de la muchacha, y les echa á los novios un sermoncito edificante y oportuno, amenizado por el gracioso, su lacayo.

Pero ya se ve, la pobre chica, aunque algo coquetilla, no por eso deja de ser impresionable, y trémula de emoción, cae sobre la alfombra con una *palateta*, —perdiéndosele lo vulgar de la palabra,—y el galán, ó sea el novio, la coge entre sus brazos, le pide mil perdones y le hace aire con el sombrero; el padre da un puntapié al lacayo, porque no se apresura á traer agua para rociar á la niña, y en esto—¡oh momento de terror!—llega el nieto de los abuelos de Darwin, es decir, el pollo, quien, sin duda enamorado de su prima, y al verla en brazos de su rival, chilló y se enfurece, sin cuidarse de que el cuello de la camisa se estropea, y los rictos de la frente se descomponen, y los puños de la camisa se arrugan. ¡Qué le importa á él todo eso! Lo que únicamente quiere es matar á su rival, y al efecto le desafia arrojándole los dos guantes á la cara, diciendo: «Nos veremos, amiguitos». Dicho esto, vase apresuradamente, no sin atropellar en su paso al lacayo y derribar la bandeja y el vaso que aquel traía con agua, á cuyo estrépito vuela en sí la desmayada; el novio sale corriendo, el lacayo recoge los pedazos de los cachivaches rotos, y el padre, mirando al cielo, dice con acento lastimero: «¡Todo sea por Dios!» Y cae el telón.

—¡Bravo!... ¡Bravísimo!...—gritan en las galerías, entre estrepitosos aplausos.

Una voz.—¡Que salga el autor!

Otra idem.—¡Si! ¡Que salga y lo ahorcemos!

—¡Barbaro!

—¡Animal!

—¡Pehis!... ¡pehis!...

—¡Que se callen!

Signen los aplausos cada vez con más fuerza.

Nuevas voces.—¡Que salga el autor!

—¡Que callen los alabarderos!...

En esto se corre el telón, y el primer galán dice al público: «El autor de la obra que tenemos el honor de representar, ruega al público le permita *guardar el incógnito* hasta que el drama se termine».

—¡Bravo! ¡Bravísimo!...

Signen los aplausos.

—¡Que salgan los actores!...

Salieron éstos hasta cuatro veces al final del primer acto... y yo salí del teatro renegando de los *alabarderos*, y perdoné el resto del drama, porque soy poco aficionado á emociones fuertes, y á juzgar por la *exposición*, el *auto* debía ser gordiano y la *catástrofe* espantosa, y por eso no quise presenciarla.

Al día siguiente leí en los periódicos que la obra había sido aplaudidísima, y que á su autor, D. Silvestre del Cohombre, le hicieron salir á la escena *quince veces* al acabarse el drama.

Asper de esto—¡cosa rara!—á los tres días el título de esta obra *aplaudidísima* desapareció del cartel...

¿Por qué causa?

Preguntalo, lector, á los *alabarderos* de dentro y fuera del teatro.

WERTER.

Revista de modas.

Noticias de las playas marítimas.—Los vestidos de viaje.—Combinación de la sencillez y la elegancia.—Los sombreros á la orden del día.—El color encarnado.—Un traje de playa para joven.—Los vestidos de faja negra.—Las guarniciones de los cuerpos escotados.—Las telas de actualidad.—La media de lujo y el zapato bajo.—El casacaquín de terciopelo labrado para las fiestas del otoño.—La levita á la francesa.

Las noticias de Dieppe y de Trouville continúan siendo tristes. No hay gente; tal es el grito de dolor cuyo eco nos llega de esas famosas playas marítimas. Sin embargo, no quiere esto decir que sean un desierto esos lugares predilectos de la elegancia parisiense; lo que significa es que no hay el tumulto de los demás años, ni la abundancia de diversiones que es consiguiente.

Sucedo, pues, que la moda se hace humilde y no cae en las extravagancias de los años anteriores.

Hé aquí el ajuar con que se contentan esta vez las señoras que no quieren perder la costumbre de respirar durante dos ó tres semanas las brisas marítimas.

Cuatro vestidos, uno para el viaje, que debe elegirse de lana, dos de hilo para la playa, el parque ó el casino, y el último, de vestir, abierto en cuadro, en corazon, con mangas hasta el codo, ó completamente escotado para bailes y fiestas.

¿Qué es esto, pues, comparado con la enorme provision de trajes lujosos que se han llevado siempre?

Nada pierde en ello la verdadera elegancia, que consiste en elegir vestidos de gusto, tales como, saben crearlos las buenas modistas parisienses.

Para traje de viaje nada mejor que el de paño ligero, color gris ó marrón, de tela escocesa, que es el furor del día; y en cuanto á la forma, si la persona es delgada y alta, el cuerpo canezú, y en otro caso, el cuerpo paletó con bolsillos cuadrados sobre las caderas, con tónica recogida sencillamente y cayendo sobre una falda corta adornada con un alto pliegado.

Como el sello particular de este traje es la sencillez, no debe adornarse con lazos, bandas ni draperías; en suma, con ninguna de esas guarniciones voluminosas ó chocantes. Siguiendo esta regla se tienen un traje de gran utilidad para los paseos de la mañana á pie ó en coche.

Otro modo de vestir es el de un traje de tres piezas, color verde ó azul marino, fundido en un matiz violeta cortado con líneas, oro antiguo.

Ya hemos dicho que se hacen estos tri-

jes sin draperías, redondos hasta el suelo para las señoras y hasta el codo para las señoritas. La falda está plegada en su altura, ó se hace plana por arriba con su alidura de alto volante plegado. Una cascaca-cuerpo medio ajustada baja hasta la rodilla, y puede hacerse cruzada por delante con chaleco que baje un poco menos que la cascaca, adornada con botoncillos redondos dorados cuando la tela es escocesa, ó con gruesos botones de nácar de color oscuro sobre las demás telas. Dos grandes bolsillos en la costura de debajo del brazo, otros dos interiores en el bajo del chaleco y uno en el pecho para el lente ó pañuelo. Cinturon con hebilla correspondiente á los botones. Cuello y puños de tela bordados de algodón de color en dibujo de fantasía; media gris ó marrón, y zapato á la Richelieu con lazo encima.

Por lo que hace al sombrero, debe ser de forma alta ó caída con elegantes adornos. Hé aquí algunos modelos:

Un sombrero de paja blanca cortado de paja azul marino que se pone un poco hacia atrás y se levanta de lado. En torno del fondo torzada de raso y terciopelo azul marino prendida por detrás con un lazo de cabos flotantes; de lado un mirlo medio escondido en plumas blancas. Otro es una toca de paja negra guarnecida con una torzada de raso marfil cortada con un saqueo de terciopelo sobre el cual se sobrepone unas lazadas doradas. Penacho de plumas negras.

Por último, otro de paja nutria tiene el ala abullonada de terciopelo nutria; una ficha de gasa blanca realizado de encaje guarnece un casco redondo y cortado de lado con un ramo de rosas mezcladas á reseda y no—me—olvides.

El encarnado sigue muy en boga con sus preciosos matices, vistosos ó sombríos. Lo cierto es que dá mucho realce á las telas modestas ó lujosas; y se mezcla mucho con los grises, los beige, azul, etc.

Un bonito traje de playa para joven es de cachemir ó de muselina de la India gris claro. Falda corta; segunda falda de muselina de la India rojo grañada; muy ceñida en las caderas y con mucho vuelo por detrás; corselete encarnado sobre tonos gris; medias encarnadas y zapatos grises.

El vestido, de hermosa faja negra, es propio para todas las estaciones, y constituye un traje serio que muchas señoras no abandonan jamás completamente. Pero en el día no se emplea sola la faja, sino que se adorna con bordados de color y se le añade un inmenso chaleco, boemíngas, bolsillos, etc., de pekin de verano con rayas claras ó oscuras. Un bonito modelo tiene la falda de debajo terminada por un alto pliegado abanico de pekin cereza y blanco; la segunda falda forma cola y se recoge muy abajo por delante en banda lavandera adornada con un lujoso bordado blanco y encarnado. Acompaña al vestido un chaleco Luis XIV, de pekin, adornado con hermosos bolsillos, que baja hasta las rodillas, y el talle negro termina por detrás en cascaca con volutas de pekin.

Los vestidos de verano se usan tan abiertos y escotados, que la guarnición de pliegados blancos no basta, y así es que se hacen camisetas bordadas ó de entredos de encaje.

Con los vestidos claros se llevan por la noche mitones de seda ó de hilo trabajados como encaje; de día no se usa más que el guante de Suecia ó de Sajonia, de tres ó cuatro botones; el de cabritilla, por fino que sea, está completamente abandonado durante el estío, pues aun con el traje más elegante es de buen tono la piel de Suecia, más cómodo y fresco. Una observación sobre una actualidad muy apreciada: más que nunca están en favor los tejidos rudes, rugosos, de aspecto tosco, parece ser que nada es más elegante, sobre todo cuando se adornan estas telas, que se asemejen al lienzo de costales, con lujosos bordados. Con efecto, cuando tales vestidos están bien llevados, tienen su gracia. Salir de lo vulgar con incimiento no es cosa fácil.

Con la falda corta y el zapato bajo, la media de lujo es un objeto indispensable. La de seda es la más elegante, pero también la más cara. La fabricación francesa é inglesa produce bonitas medias de hilo de matices vivos para vestir y de colores apagados para viaje; sin embargo, advertiremos que lo barato es malo: los colores se disuelven con el lavado, y los puntos se abren pronto. Un par de buenas medias de hilo no cuesta menos de ocho á diez francos.

Para las próximas fiestas campestres que se preparan con motivo de la caza, hemos visto una novedad muy importante: es el casacaquín de terciopelo labrado, que tiene la forma del tiempo de Luis XV, y se abotona derecho por delante. Lo que le da su originalidad es que la falda está alidada. El cuerpo queda cortado á la altura de las caderas; la falda parece una especie de bolsillo largo que se separa por detrás, y la espalda del cuerpo se alarga dibujando abanico. También estará en moda este otoño la levita á la francesa, que es de terciopelo azul zafiro ó encarnado rubí con bolsillos por detrás, abriéndose sobre un gran chaleco de petimetre de faja blanca ó de faja de color muy claro, azul nube, rosa perla, gris lavanda. Cuando se tienen telas antiguas bordadas ó estampadas para flores, se hacen con ellas chalecos para estas levitas. Los bolsillos se adornan con botones de acero formando puntas, diamantes ó guijarros del Rhin.

JULIA.

Una lavandera entrega sólo cinco camisas de seis que le habían dado para lavar. —Por lo visto se me ha perdido.—¿Qué? —¿Cómo ha de ser?—contesto la señora.—¿Cuanto le debe á usted? —Ya ve, usted, á seis cuartos de camisa... treinta y seis cuartos. —¿Si no me trae usted más que cinco? —Es cierto, pero yo he lavado las seis.